

Alberto Baeza Flores

Martí, el poeta de la muerte suya

El deseo de tener una muerte propia es cada vez más raro. Dentro de poco será tan raro como una vida personal».—*Rainer María Rilke*.— «Los cuadernos de Malte Lauris Bridge».

PRESENCIA EN EL AIRE



TODA esta densa tarde cambiante en lluvias, y grises, del aire del Caribe distinto, me han estado mirando dos ojos cuando he querido ordenar lo pensado anterior, sobre una vida en poesía. Dos ojos fijos, melancólicos y solemnes, angustiados, oscuros y ciertos, en su drama callado, se han ido hacia mi alma o al alma mejor suya. No sólo con la vida me han estado mirando largamente estos ojos de José Martí, sino también con la muerte suya, con la parte de vida a punto de fundirse en una sola agonía necesaria.

El mar de ola azul sola y levantada; la palmera en su lugar de cielo y pena, multiplicando en penachos la belleza de la loma de Cuba; el cielo en nubes de no sé cuál color despejado, y el aire colándose, sólo, al corazón necesitado, han estado repitiendo el aire suyo de esos ojos, creando no sé qué atmósfera cargadamente angélica para la vida mejor suya.

Pero en el aire que se colaba, ciego y loco, al alma sola, había como una espada de muerte, desafiante, en medio del cielo.

El aire se cargaba, sin querer, de toda esa muerte pesada y doble, y sin violencia volvía a darme en la cara la que él soportó en su Cuba doliente, en su España clásica, en su México del indio, en su Guatemala del amor, en su Venezuela instantánea, en su Nueva York de fiebre, golpeando con su hueso más frío y más suyo, iluminando finalmente la zona más bella e intensa de su vida.

Volvía a escuchar sus pasos en el aire, su gota pesada de amante predestinado, de ganancioso de su existir en su muerte. Como síntesis fiel de todo su vivir veía su morir jugoso, su morir necesario, y en su muerte cubana, en su gran muerte llevada con donosura y aire de varón misterioso y secreto, encontraba la mejor explicación para su poesía y su vida. Existencia la suya, nutrida de su muerte, en él, el más vital de los vivos. Vida secreta, dolida y misteriosa, y en medio de ella, como el surtidor único de su gracia: su muerte necesaria, la aspiración perenne suya a ella, y su entregamiento final como a la madre sin reservas.

POETA SECRETO Y DESVELADO.

Se ha visto mucho en Martí, el Martí padre de Darío, el Martí modernista, encasillándolo, como fijo en el tiempo, en la escuela tal o cual, clasificándolo para vida y para muerte, en tiempo más o menos definitivo, más o menos «ayer». Martí escapa a su ayer, sale a nuestro hoy dando su voz clásica por viviente y actual, nos acerca su pasado y vuelve a actualizarlo en el hoy, con todo su acento verdadero. Suprema virtud de lo clásico esta de ser lo vivo (Clásico es solamente vivo, en el verdadero decir de Juan Ramón Jiménez).

Hay una cáscara que no engaña, que se escapa a la estue-

la, a la clasificación, al descarte, y que en Martí nos es fundamental: la cáscara de su esencia de hombre escapado a circunstancias, a anécdotas, a externidades, la quemazón del hombre externo en beneficio del interno, como San Pablo quería, y esta cáscara o ángel, esta sombra interior sí que da albergue a la angustia de su vida y se pone a vivir con su desconsuelo como la madre en el niño—en el pozo más secreto de su alma—.

La angustia y el desconsuelo lo llevan a actuar. Actuando, como que tiene un sentido heroico, predestinado y mágico de las cosas, se mira en su muerte como en un espejo, de cuerpo entero, y parece que cada uno de sus gestos de vivo se proyecta en cada uno de sus gestos de muerto anticipado. Como gran poeta actúa para la eternidad, y cada uno de sus pasos, terrestres o marinos, dan a un mar y a una tierra que son del sueño y de la vida suya. Mar y tierra del predestinado, mar y tierra, cielo y mar que lo hacen acoger la muerte suya, con naturalidad sin límites. En pocos americanos como en este singular, veo una conjunción más estrecha entre su vida y su muerte. En pocos poetas de nuestra América, el hueso luminoso de la vida trabaja más lealmente para esa otra parte no iluminada, o al revés.

Siendo muy terrestre, José Martí es muy angélico, y su poesía como su vida cobra, a veces, aire celestial quedándose en la zona secreta—no dicha—de la eterna verdadera y universal.

Se acostumbra al peso de su vida y su poesía se va al cielo. Como un ancla, también de hermosura, cae su muerte en medio de su poesía, y uno podría engañarse si pensara que lo angélico subsiste solo y porque sí en Martí. Quien no vea ese gran lado luminoso de la muerte de Martí que apoya su vida, no ve ni se explica lo angélico de las grandes zonas de su poesía.

El tirón metafísico ha sido siempre el alimento de la poesía—más o menos cargada—y no sé hasta dónde, si la poesía na-

ce de la Mana religiosa de los pueblos salvajes primitivos, como una derivación representativa de las formas primeras de semi religión, va ya involucrada en la Mana, el poder desconocido, secreto y misterioso que anima desde las piedras a los hombres asignándoles potencias y afectos. La olla que dispone de los vientos, de la lluvia y el sol (Malinowski: «Argonauts of the Western Pacific»), el hechicero que en Adaman, detiene las tempestades colocando un pedazo de enredadera molida bajo una piedra determinada en el mar; las creencias de los argonautas del Pacífico occidental en la existencia de grandes piedras que esperan el paso de las canoas para perderlas o despedazarlas; los poderes de la grasa de tortuga quemada, para producir tempestades (A. R. Brown); la enredadera que llevada en la cintura permite al nadador de Anaman bracear invencible en un mar de tiburones; el fuego como ahuyentador de los malos espíritus (Saurat), son expresiones, aunque rudimentarias, del ritual de donde mana la primera poesía, ritual que va con la angustia y se estrella contra los elementos desconocidos creando.

Alguna poesía ha querido olvidarse de esta cola celestial, de cometa divino, queriendo hacer sus casas solamente en la tierra de cada día, pero al hacerlo se ha olvidado que las cosas diarias tienen su tirón, también, que lleva al infinito; se ha olvidado—en alguna de su parte actual—que se toca lo universal con lo cotidiano, que se baja de lo eterno al molde de cada día.

Esa mucha poesía que anda suelta en América, cargada de falta de responsabilidad ante la herencia; que se estrella ni sabia ni honda, cantra la repetición de un mismo tono hermano, común, bajo, cansado, nos cansa también y el aire bello, alto, solo, hondo, de nuestra América, lo torna feo, viejo, gastado, inconsecuente, falso. Se hace difícil soportar un aire de tan fatales irresponsabilidades.

Esta poesía, que no quiere oír los tres ríos que nos bajan de madre, por América, y viven como cantando dentro de nues-

tra tradición más posible—el indio, el negro, el español—se queda sola, como se quedan solos los tres ríos, como tres coronas en un desierto; se queda sola entre casas con persianas gastadas, repitiéndose la sombra de cada día, en abandono estéril, con el plato habitual, y afuera existe—como si ella no la escuchara—la tradición, la herencia y el mundo—universal y diario del hombre, bello cada día.

Martí no es de estos quedados en lo cómodo. En su sentido de la herencia, por un lado y por el otro su religiosidad de fervor lumínico, quienes salvan su poesía de caer en el común vulgar, en la masa de todos, y la dejan sola y angélica—con la soledad y lo angélico verdadero, no de encierro sino de aire y cielo—para descanso y orgullo del hombre americano, y mana, abundante y sola de su veta universal con sol y sombra humanos.

Por eso, en la tarde diversa del Mar Caribe solo, un aire lejos del tumulto feo de mucha poesía actual innecesaria, ha querido encontrarse al aire actual eterno, en el sentido de la muerte y de lo angélico—de la responsabilidad vital y de lo eterno—dejando a esta poesía vivir en un tiempo de oro, llegar a su jardín, a su silla, a su cara; dar en el sol de América con su vida y pasión iluminadas.

ESTILISTA DE SU MUERTE NECESARIA.

Quizás sea el tema de la muerte de Martí, el menos estudiado, por creer al muy vital, muy lejos de llevar su muerte propia (Kierkegaard, Rilke, Unamuno) y de luchar y batallar con ella.

«Tú, Señora, que a Dios hiciste niño—hazme niño al morir», invoca Unamuno. Niño al morir, reintegración a la parte más nutricia y perfecta, manadora de la vida para el poeta solo y universal. «Me siento puro y leve y siento en mí algo como la paz de un niño», escribe Martí instuyendo su muerte.

Unamuno pide a la muerte niñez, infancia, inocencia, esto es nueva lucha para crear nuevos mitos y enigmas: nuevo fuego inocente para crear grandes realidades. Parece que en su vida ha estado mirándose, deseándose su vivir perfecto, niño. En Unamuno hay siempre lucha, diálogo con su muerte, y ambos. Martí y Unamuno, separados en el tiempo anecdótico y diverso, encuentra cada cual la perfecta muerte suya. Ambos mueren como poetas y como niños. Martí, derecho, todo alto en la verdadera altura de su vida. El maestro de Salamanca, universal, en la bella y patética lucidez de su angustiarse por buscar lo mejor.

Pero, si volvemos a Martí, más que en lo escrito sobre la muerte suya, está su explicación mejor en esas pocas y cristalinan palabras suyas sobre el tema; Su hora. La hora de Martí no es la hora de morir cualquiera, es la hora del morir alimentado y cuando ella suena, cuando su relojería, sus campanas, sus racimos suenan dentro de él—y sueñan—y le tiran la sangre, él, siente el tirón y no tiene más que obecerlo ciego, loco, niño—y adelantándose al gran vasco, en su morir niño, su sangre toda la tira contra su «hora», que bien pudiéramos cambiar por «muerte», sin variar en nada su sentido.

Unamuno lo llamó estilista, y no hablista, que es cosa distinta, Estilista no sólo en el papel, estilista en el alma y lo que está más allá del alma. Estilista de América, diríamos, en toda su angustia, en todo su asordinado, antiguo—anterior—drama.

Estilista Martí, de una muerte suya, como su vida; «almohada». Descanso su muerte, sueño. Como en Unamuno, niñez necesaria, pero niñez arrebatada, loca, patética, lírica, atropellada, incesante, en deber e idealidad. Lleva su muerte por deber y por fe y quiere pasar con ella al otro lado del puente mágico.

Hay distancia, en la que puede ser una aparente sutileza entre ese «último calabozo» que es para Lawrence, la muerte («La serpiente emplumada») y «el lado no iluminado de la vi-

da» de Rilke. Ambas son nieblas, pero en Lawrence parece la angustia terminar en un túnel de ojos incesantes, prisioneros, oscuros. El río negro no cesa de palpar, se espera aún a Caronte por las riberas de otra laguna Estigia, se ve al muerto llegar con la moneda de óbolo bajo la lengua; se palpa aún la presencia del perro de tres cabezas, y hay una continuidad peligrosa, angustiante, como la acepción del Infierno de Homero: los muertos continúan su vida terrena. El último calabozo no es, al fin, el postrero. En Rilke hay un descanso verdadero, un traje alegre, una plenitud, una simiente nueva, porque el temor ante el calabozo final ha sido reemplazado por el llevar y aceptar la muerte con derechura. Para Rilke la muerte no es castigo sino conciencia, y está aquí el adiós definitivo al último calabozo. Fluye la muerte de su vida, se lleva como la fruta el hueso, y hay una muerte para cada cual de acuerdo con su vida, así los niños, así los mayores.

En otros términos Séneca la había visto como una ley y no como un castigo. Rilke va más allá, la ve como una conciencia tan despierta como la vida, como una conclusión necesaria y normal, alegre, a la cual es preciso trabajar, perfeccionar y mejorar como se labora, en y por la vida. En Martí, la muerte no es más que conciencia, deber. Místico del deber lo ha llamado uno de sus más felices comentadores, y qué acertada designación. Para verlo mejor, de cuerpo entero, en su hora de moribundo, ambulante, en su hora de trágico poeta viviente, de atormentado creador agónico, es necesario verlo como supremo místico del deber.

No crea que exista mejor manera de crear—u otra manera mejor de creer—que esta creación del agonizante eterno. Agonizando sale la sangre de su espíritu y derrama luz y sol, alto y creador. Agonizando devuelve lo que pierde, equilibra a los no agónicos.

Siempre que quiero ver a Martí no puedo dejar de verlo como el agónico, padre y abuelo de la agonía de nuestra Amé-

rica española e india; le veo su cola agónica, su respiración atormentada, su vida que parece vivir en esa muerte y vida eterna en que él se pone a morir y vivir con su América. Místico del deber, pero de su morir en América, con ella. Hueso iluminado de su vida. Claridad de vida en su muerte, en todo agonizar que crea.

Es necesario que, de tiempo en tiempo, estos hombres nos recuerden y nos recreen el agonizar y el morir. Por eso el misticismo de Martí, en su morir, está bien puesto. Como los santos llegan a Dios, él nutrido en Hegel y Krausse, no tiene otro camino que llegar a su muerte, donde encontrará su verdadero Dios sentado y aguardándole, un nuevo Dios tan necesario en nuestra América, un Dios del deber, en un continente tan falto de él; un Dios de piedra alto, que estuviera entre Yum-cimil —el Dios maya de la muerte— y Ixtab, la diosa de los que morían en honor de los dioses; y habría aún que bajar a los dioses a vivir con nuestra agonía, a morir un poco, más cerca de nuestro pulso, del atormentado y desvelado de América, siempre antigua.

El, que no cree en cielo otro que el del hombre, remonta el río con el remo de su muerte a cuestras, en el hombre dulce y liviano, atormentado, aun sangrando, y si lo miro entrar en su eternidad, no puedo dejar de verlo en el diálogo constante con su parte mortal. De habitar en el cielo no sería el suyo diálogo del descansado, del descargado, sino del cargado de nuevos furios. No creo yo que en su muerte descansase, derecho y bien, lo imagino siempre doliéndose por su tierra, en su tierra más íntima, no puedo vérmelo amortajado, solo, silencioso, comido por la tierra, sin diálogo vivo, tan sólo con las yerbas, secreteándose con las silenciosas venas de su bella y doliente Cuba. No puedo imaginarlo sino con otra clase de angustia, la del celestial y predestinado, con la del angélico arrebatado por el alma y el alma suya arrebatada en lo angélico. Sólo las tierras han cambiado. Los cielos se han hecho tierras con su pre-

sencia, sin perder lo angélico, la fe en el hombre, el destino y el deber.

GRAVEDAD DE LA VIDA.

«El hombre no puede ser el término entre Dios y la creación», había escrito don José de la Luz Caballero, y a través de Mendive, el maestro, le llegó a Martí, el hombre total, el río levantado y luminoso. «La vida humana no es toda la vida», escribió Martí, afirmando con ello su creencia en un reinado al cual hay que alimentar y para el cual todo trabajo es pequeño. Artesano de la propia muerte es todo ser, tan artesano de su muerte como de su vida.

«La vida humana no es toda la vida», ni su trabajo todo lo viviente para la vida. Respiramos y trabajamos una fruta más oscura, y más misteriosa que las frutas claras que vemos con los ojos—más seguros (?) del día que se equivoca, del día variante y sorpresivo—.

«La vida humana no es toda la vida», sabe él, porque hay un túnel más allá de los ojos de fuera, y un trabajo callado en el cual van a caer—repercutiendo como el agua en las ondas—todas nuestras palabras y hechos de vivos—aun nuestros sueños y nuestras esperanzas.

Porque Martí vive muy hondamente cabal su vida; es que tiene y merece la muerte suya. La muerte propia ha de desprenderse sin violencia de la vida propia, ha de ser el paso, la continuidad, el molde final y bello, el merecimiento largamente querido.

Martí cree mucho en lo vivo y en los vivos, y por eso cae en merecer su agonía.

No admite mejor Dios que el hombre, y ya en él, mejor destino que su naturaleza propia. Descárgase y descansa en su naturaleza esencial, dialoga con ella, vive en ella y de ella brota la luz de su fortaleza. «Es fatal el progreso—escribe él de

una manera que Unamuno lo entendería—pero está en nosotros mismos; nosotros somos nuestro criterio; nosotros somos nuestras leyes; todo depende de nosotros; el hombre es la Lógica y la Providencia de la humanidad.

Todo sale y vuelve al círculo de su vida, de su naturaleza que madura y crece en forma honda. El es el Dios del mundo y el último destino. La lógica y la providencia. Y con tal afirmación se nos coloca en esa esencia difícil, en ese crecer por lo bajo, en la loca mirada, en el ávido cuerpo vital, en el paso, en lo sinfónico del hombre (Whitman, tan bellamente comentado por él, lo había aprendido tal vez en Nietzsche).

No hay otra prédica que el vivir, y el existir. «No hay sermón como la propia vida», «es grave cosa la vida». «El hombre, dondequiera que nazca es semejante a sí mismo», y asigna Martí a cada hombre el rol de reconstructor de su vida. Esto le da a su querer, un entroncamiento con la herencia y tradición vivas, desprendiendo de ellas la indispensable recreación de las cosas. El hombre llega adámico y ha de tomar sobre su alma y su cuerpo el círculo de su fe, y de la recreación de su vida. Ha de comenzar del primero al último cabo, y todo él ha de ser una síntesis y «dondequiera que nazca», ser semejante a sí mismo, (hacerse semejante a si mismo).

Su fe en el espíritu es tan grande como su fe en el cuerpo. De pronto, él dice como Unamuno podría decirlo más tarde. «Yo tengo un espíritu inmortal, porque lo siento, porque lo creo, porque lo quiero». Porque lo quiere y lo crea el espíritu es suyo, le pertenece más y mejor que el suyo respectivo a cualquiera. Es, al fin, la voluntad y las riendas voluntarias de su vida, que suben hasta su espíritu. Sus afirmaciones vitalísimas, existencialistas, que anegan su alma, nos hablan lenguaje nuevo, lenguaje de torturante angustia. Su afirmación es patéticamente angustiada, porque en ella, de ella, quiere asirse para creer. Cree en él, y se crea. Cree en él y quiere su espíritu.

Se adelanta a ser su dueño sabiendo que él se esparcirá como el Espíritu Santo sobre los Apóstoles el día de Pentecostés. «Y vino de repente un estruendo del cielo, como de viento, que soplaba con ímpetu, y llenó toda la casa en donde estaban sentados». (Hechos de los Apóstoles, cap. 11). El ruido aciclonado celestial se lo crea él creando su espíritu, es él el vendaval propio, es él quien sopla sobre su vida con furia, y la casa que se llena de ardor es su casa más íntima y secreta, su última casa de su intimidad, donde él y su corazón están sentados.

Se adelanta a crear ese espíritu suyo que lo invadirá en forma de lenguas de fuego. Se empecina y se establece tranquilo como en medio de una eternidad doble. El querer viene a ser en él acción inmediata, confianza sin límites, lucha contra el destino. Y habría contradicción entre este querer a su alma y crearla y saberla suya, por eso, y el tema de la muerte trabajada que nos viene preocupando, pero si nos fijamos bien, el querer esta alma no está más que afirmando su potencia salvadora, dentro del círculo de su tierra, porque queriendo el alma él sabe que su querer no está exento de misterio, ni el hombre tampoco. Ambos son estigmas, ambos son misterios, ambos mundos mágicos que lo llevarán a vivir en los círculos más altos de su vida, en su copa más verídicamente bella.

Entender a tiempo el sentido de la vida es para él cobrarla sin dolores. El sentido «su sentido», será siempre el amor. Se vence a la muerte, como a la vida, por el amor (San Agustín). El llega a su muerte por el amor, más que todo por el amor, cerrando así el círculo de su existencia con el natural pulso que la animó toda su vida. Descansa tanto como en su muerte, en el amor a ella. Hablamos del novio, sería preciso hablar del gran enamorado, del rendido, del que se entrega sin reservas en la suprema confianza del amor (Ortega y Gasset) pareciendo recordarnos la bella sentencia de Verharen, que amar es volverse loco de confianza. El no sólo se vuelve loco

de confianza. El no sólo se vuelve loco de confianza con su deber, sino con la luz viva de su vida, y por ello de su muerte más suya.

¿Y el misterio? Y ese misterio que parece golpear secretamente toda una existencia, la vida de Martí? Su vida estuvo siempre sobre lo natural, aun navegando en esas altas y hondas olas diarias. Su misterio hay que ir a buscarlo a esa cotidianidad doble. Cada día de lucha su vida se tornó más vida de misterio y entraña. «Encontrábamos que cuando todo sucedía naturalmente, las cosas eran todavía mucho más extrañas» (Rainer María Rilke: «Los cuadernos de Malte Lauris Bridge»).

De la vida, en la vida común, de cada día, está el misterio, de la existencia brota, como en Martí, y mana, como en él, del cotidiano y universal vivir de la tierra, del ahondarse en ella.

PAÍS DE NUESTRO INTERIOR.

«La vida es doble; yerra quien estudia la vida simple». La vida es doble. porque si tiene su parte de luz tiene también su parte de sombra; si tiene su luna tiene su sol; si sus aguas blancas, sus aguas negras; si su mañana, su noche; la vida es doble si tiene su desvelación tiene también su misterio y habitamos el misterio más que la misma desvelación. Somos hechos de trozos de un infinito disparado, y el infinito descansa en nosotros, Comienza y termina el círculo mágico en nuestra vida. «El hombre crece tanto, que se sale de su mundo e influye en otro».

«Mientras en nosotros estemos, de nosotros brota la revelación, la enseñanza, el cumplimiento de toda obra y ley».

Es con la parte de vida que influenciamos la parte más saliente del Misterio. Somos hijos de nosotros mismos, pero, también, de lo mágico. Nos desconocemos y desconocemos el mundo que avanza. Influenciamos con nuestra parte de luz la otra

parte de luz al revés, con nuestra vida damos en nuestra muerte preparada.

Estando completos, descansando en nuestra naturaleza esencial, en nosotros girará el mundo con su revelación. Asistiremos a un nuevo génesis cada día, y cada etapa de la creación vuelve a cumplirse en nuestro interior y exterior solo.

El puente de la hondura natural mejor de su vida, a su muerte mejor, es en Martí el misterio, y el deber que él mira en un solo cuerpo en toda su existencia.

«Hoy como nunca, me duele el misterio—escribía Unamuno—. Tú sabes que llevamos todo el misterio en el alma, y que le llevamos como un terrible y precioso tumor, de donde brota nuestra vida y del cual brotará también nuestra muerte. Por él vivimos y sin él nos moriríamos espiritualmente; pero también moriremos por él, y sin él nunca habríamos vivido. Es nuestra pena y nuestro consuelo.

El misterio parece estar en nosotros a las veces como dormido o entumecido; no lo sentimos; pero de pronto, y sin que siempre podamos determinar por qué, se nos despierta, parece que se irrita y nos duele, y hasta nos enfurece y espolea al golpe de nuestro pobre corazón. Así como la exacerbación de ciertos tumores parece depender del estado atmosférico, así parece que del estado del ambiente espiritual de la sociedad que nos rodea depende la exacerbación del misterio dentro del misterio de nuestra alma». (Ensayos, t, VII).

El misterio de su vida, su hondura, lo lleva a Martí a completarla en ese único molde que él ve en Dos Ríos.

«La salud de la libertad prepara a la dicha de la muerte». Va saludablemente a ella, y no a un calabozo, no a un encierro, ni a una prisión sino a una dicha, a un derramarse en ella con su luz alta y óptima.

La pugna entre la falsedad de la vida en la cual puede caer y la verdadera vida suya, a la que está llamado, es evidente. El no quiere «esa vida falsa que las convenciones huma-

nas ponen enfrente de nuestras verdades naturales, torciéndola y afeándola».

No deja de ver en la vida una agrupación lenta y un encadenamiento maravilloso. Debemos detenernos en esta «agrupación lenta». Ve Martí que todo se vierte y se convierte, en su ritmo propio, y que todo vive de acuerdo con cada uno de los seres y objetos y con todos. En este encadenamiento vuelve el amor a vencer en el sufrir, muere, según él, en su sufrir, por la torpe vida, por los hombres creada, y nace pura la vida de lo bueno, la única verdadera. Es en esto un supremo idealista y vuelve a coger la vieja herencia de Platón que pasa a la filosofía cristiana. Esta agrupación lenta está condicionada por el amor, y el «encadenamiento maravilloso», no exento de misterio y de fulgor es tal vez el paisaje que él lleva escrito en su interior y que una voz constante le promete. El quiere llegar a ese país, con todas las palabras suyas. «El viaje humano consiste en llegar al país que llevamos descrito en nuestro interior y que una voz constante nos promete».

Llega a su país, a su naturaleza, por quien tanto ha alejado en su vida. Y cuando está en el umbral de la muerte, entrando en ella, como en un mar, con la angustia a la cintura, parece descansar y apoyarse en su agonizar verdadero. Es el resuelto angélico, el desterrado de las nieblas. Y muere con su sol, con el sol cubano en la cara, como él quería en uno de sus versos bellos.

No puede agriarle la obscuridad y será la muerte en él, almohada, aparte de ser su hora, toda su hora natural suya.

«¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?» Como en San Pablo la muerte lo tiene maduro ya para su vida, con «más de caricia que de pena». (Quevedo).

Frente a él el monólogo del poeta de los «Cuadernos de Malte Laure Bridge» parece escribirse por primera vez y adelantarse:

«Quién concede todavía importancia a una muerte bien acabada? Nadie. Hasta los ricos, que podrían, sin embargo, permitirse ese lujo, comienzan a hacerse descuidados e indiferentes; el deseo de tener una muerte propia es cada vez más raro. Dentro de poco será tan raro como una vida personal. Dios mío es que está todo hecho. Se llega, se encuentra una existencia ya preparada; no hay más que revestirse con ella. Si se quiere partir, o si se está obligado a marcharse; sobre todo nada de esfuerzos! «Voilà votre mort, monsieur». Se muere según viene la cosa, se muere de la muerte que forma parte de la enfermedad que se sufre. (Pues desde que se conocen todas las enfermedades se sabe perfectamente que las diferentes salidas mortales dependen de las enfermedades, y no de los hombres: y el enfermo, por decirlo así, no tiene nada que hacer).

En los sanatorios, donde se muere tan a gusto y con tanto agradecimiento hacia los médicos y enfermeras, se muere habitualmente de una de las muertes asignadas al establecimiento; está muy bien visto. Cuando se muere en casa, es natural que se escoja esa muerte cortés de la buena sociedad, con la que en cierto modo se inaugura ya un entierro de primera clase y toda la serie de las admirables tradiciones. Entonces, los pobres se paran delante de estas casas y se sacian con estos espectáculos. Su muerte propia es, naturalmente, trivial, sin todos los requisitos. Se sienten dichosos encontrando una que más o menos les viene bien. Puede ser quizá demasiado ancha: siempre se cree todavía un poco. Solamente resulta molesto cuando no cierra sobre el pecho o ahoga.

Cuando pienso en mi casa (donde ya no hay nadie) me parece siempre que antes debió ser de otro modo. Antes, se sabía —o quizá solamente se sospechaba— que cada cual contenía su muerte, como el fruto su semilla. Los niños tenían una pequeña; los adultos, una grande. Las mujeres la llevaban en su seno, los hombres en su pecho. Uno tenía su muerte; y esta conciencia daba una dignidad singular, un silencioso orgullo».

La muerte de Martí, más que cualquiera, es una muerte de hombre, es decir, deseada y alimentada por el hombre en su vida. No muere de la muerte de los viejos hospitales, ni de los lechos ancianos, muere de la muerte de las yerbas y del campo, de la muerte del tiempo y de la tierra. Es el más terrestre de los nadadores contra el tiempo, y en su camino encuentra al fin, su sol especial, el sol adecuado, la verdadera luz suya y propia.

Había dicho él que no moriría en la cama, que lo haría de cara al sol, es decir, en el aire y el mundo, en el campo ancho y profundo.

Cumplió con su muerte anunciada, cumplió, mejor que cualquiera, con la muerte que había llevado alimentándola, y creciéndola en él, desde niño. Cara al sol cubano, cara al sol de su patria y de su muerte. Cara al sol, final, de su angustia, de su verdad y de su vida.

TEMPORALES DE SILENCIO.

Parece ser que en Rilke no es tanto el sentido de la muerte en sus causas siguientes como en su inmediato resplandor, en su continuidad exacta de la vida. Vale el acto, ya que él—tanto en los primeros recuerdos, como en la muerte de Chamberlan Bridge, como en sus poemas—no insiste tanto en el «después» como en «la» muerte en sí, actualísima, honda, en el agonizar y el morir, en el pulir la muerte que cada cual lleva en sí.

Llevar una muerte, hacerse acreedor a ella, trabajarla, es para Rilke lo esencial.

Según esto, la muerte de Martí fué querida por él, trabajada en cada uno de sus instantes de vivo, perfeccionada letra a letra, palmo a palmo, paso a paso de su espíritu.

Martí no podía—no quería—aspirar sino a una muerte ruidosa y secreta a la vez, una muerte de agonía en el gran tea-

tro de su tierra. Cuando la bala lo busca en Dos Ríos, o él busca a su bala, cae mucha Cuba con él, cae toda Cuba, un instante, y queda en el campo ensangrentada. Es la muerte ruidosa, epopéyica, trágica. Ha querido—reiterándolo con lo hecho—no morir de la muerte de los médicos, sino de la muerte de su heroísmo, de la muerte más concorde con su vida, desprendida de ella en forma natural, sin sobresalto. La sangre no le espanta ni le ha espantado. Sus numerosas citas a ella y en ella, nos lo confiesan. La muerte le espanta menos.

En ese instante de Dos Ríos parece correr él hacia ella, ir sin requiebro, tranquilo y seguro, y antes que el plomo enemigo se le entre por el alma, ya está preparado él como los santos.

No puede menos de evocar la muerte de Nicolás de Tundo contada por Santa Catalina de Siena: «Y las manos del Espíritu Santo se le apretaron dentro».

Pero, lo que él hacía era un dulce acto estremecedor para miles de corazones. Y no me maravilla porque estaba gustando ya la divina dulzura. Se volvió como hace la esposa cuando llega a la puerta de su marido, que vuelve los ojos y la cabeza hacia atrás, inclinándola sobre el que la acompaña, y muestra con ello, de este modo, la señal de su agradecimiento».

Martí vuelve los ojos, de manera tan fija y agónica hacia Cuba, que le torna luminosa, divina, y nunca está Cuba más estremecida, más celeste, más resplandeciente y angélica que entonces.

Debe haber muerto tranquilo y agónico, seguro y divino, como vivió toda su vida, en su traje de santo y de sacrificado. En el cielo debe haber sonada como una trompetería de ángeles o estrellas heridas, un como detenerse del día en pleno corazón de Cuba, la «manigua» debe haber llevado el último aliento del ambulante y vital agónico, y él, ya tranquilo, en su muerte, como en su tierra, vuelto al cielo de su sacrificio, ha

comenzado a entrar en el otro diálogo, en la otra perdurabilidad sabia.

Cuando realmente suena la hora en el alma de Martí, lo vemos reunir su último y más radiante esplendor, como el cometa que ha de morir ilumina con su cola de oro todo el año de 1895, y el año queda, como el año del cometa, como de suprema luz agónica, queda, para siempre como el año de José Martí. Escribe su prosa más apretada, jugosa y bella, da ejemplo duplicado en todo, se mira en todos los espejos porque sabe que su hora es llegada y va a morir. Se contempla en todos los infinitos de cuerpo entero, corre a todos los rostros como ejemplo, se queda más que nunca en sí. Sabe que ya él ha entrado en el río de donde no se vuelve, sabe que sus pies han entrado ya a la morada y reparte ese último toque de gran vivo antes de abandonarse a su agonía.

Muere de su morir, muere de su no morir. Muere de no morir. Todo en él es ya sagrado, eterno, para la historia, para su historia final y secreta.

Quienes llegan al instante de su muerte parecen detenerse muy brevemente en ella. Se cuentan los episodios de un modo apresurado cuando en él todo es lento, todo es eterno ya. Debe morir de su morir y no hay en esto intento de suicidio ni cosa parecida, sino vocación. El suicidio es cosa muy distinta de esta muerte más profunda, más necesaria, más de él y humana. No muere tampoco de la muerte de todos. El sentido que tiene la muerte de cualquier otro guerrero en campaña por muy honorable que él sea, no tiene el de esta búsqueda de su razón de su muerte, como en el caso de Martí.

«El concepto mismo, en Martí, de la vida y de la muerte, como su complemento y probable o segura continuación». «En este u otros mundos», excluye toda posibilidad de la idea del suicidio con fines egoístas» (Luis Rodríguez Embil: «José Martí, el santo de América»).

«Eterno loco en los espacios fuera», escribe en los versos que

desde España dedica a su madre, y antes dice; «la serie de vidas viviría».

Eterno loco, fugado de su vida, la muerte no termina en él en el sólo agonizar; la filosofía orientalista—de actualidad en sectores de su tiempo—le da a él la puerta mágica para que escape. Viviría no una vida sola, sino una serie de vidas. «No es perdido el tiempo ya vivido»—escribe en «Flores del destierro»—«Y como la tierra lo arrebató—la muerte en su sencilla edad de plata—cuando torne ese espíritu en forma nueva—volverá con la edad que ahora se lleva!»

Tendrá la muerte suya, también, su sencilla edad de plata, su edad de oro crecida.

«Ahora que no vive donde se le vea», escribe sobre Gutiérrez Nájera.

Todas sus palabras finales parecen rondar esta predestinación sagrada, y si escribe el año mismo de su muerte, «en mi alma no hay muerte», es que parece referirse a la muerte vulgar y cualquiera, no a la muerte suya, que se desprende luminosa de su vida.

«No entran como temporales de silencio», escribe en ese mismo año.

«Siento que las pasiones se han desprendido de mí, como se desprenden al desnudarse las ropas».

No le queda más pasión que su morir, más preocupación que su morir desprendido de su deber, y del ejemplo de su vida.

No está más que hablándole el deber y esa cadena que continúa al orden maravilloso, al encadenamiento que él mismo ha proclamado.

DESPIERTO SUEÑO DE SU VIDA.

Podemos imaginar la muerte en el destierro, la gran muerte que llevó Bernardo O'Higgins en el Perú, nostálgico, lleno de secreta y misteriosa dulzura o bien la muerte de San Martí

en Australia. Cuando pienso en este otro desterrado y presente, no puedo menos de sentir la suya con una doble predestinación.

«El no ha muerto! El no duerme! El ha despertado del sueño de la vida!», escribió Shelley de Adonais.

Martí íntimo, Martí niño, Martí poeta de su tierra y de su gloria, es el más despertado entre los despiertos.

No puede morir quien es capaz de llevar su rara muerte propia en la rara vida cada vez más escasa y necesaria.

No puede morir este Martí que cada día vive con más calor y dulcedumbre, con más angustia en su pecho de muerto vivo.

No puede morir y si hay muertos más vivos que los vivos y vivos más muertos que los muertos, Martí está entero, solo, eterno, secretamente solo y atormentado como entonces. Lo vemos con su destino de estrella angustiada, de cielo franco, pasar y cruzar, quedarse a vivir entre los cielos de nuestra América, como en una definitiva patria de gloria,

«No ha muerto! El no duerme. El ha despertado del sueño de la vida!».

Habana (Cuba) 1942.